

Tomado de: Jorge Luis Acanda y Jesús Espeja: *La preocupación ética. Apuntes de un curso.* Aula Fray Bartolomé de las Casas. La Habana, 2006.

Conferencia 1: El pensamiento ético en la Antigua Grecia.

1.- La ética como malestar.

Como todos sabemos, esta serie de conferencias lleva el título de “la preocupación ética”. Lo que nos anima y nos une, a los que vamos a trabajar en este curso, es una preocupación de índole ética sobre problemas que atañen a todos los individuos en todas las sociedades, incluyendo a la cubana. Si por ética entendemos una reflexión racional sobre la moral, entonces un momento importante de este curso será no simplemente el de ofrecer unos valores morales y/o rechazar otros, sino reflexionar e invitar a reflexionar sobre lo que significa construir y aceptar valores morales, y cómo deben construirse esos valores, para que los receptores de estas conferencias comprendan por qué asumimos la discusión moral desde determinadas posiciones y no desde otras, por qué consideramos que esas posiciones y esos valores a los que apostamos son legítimos y los demás no. Proponemos una vía de reflexión más que un ramillete de dogmas. Esta última es la posición más extendida en la actualidad, precisamente porque es la de los fundamentalismos de todo tipo (tanto los religiosos como los políticos). Lo que nos interesa es, anoyándonos en la realidad concreta y no en acciones vagas, avanzar hacia la provisión de una sociedad más libertaria y justa. Ya Jorge Luis Espeja explica la diferencia entre moral y ética. El término moral se usa para referirse a un conjunto de principios, preceptos, mandatos, prohibiciones, permisos, patrones de conducta, valores e ideales de vida buena que en su conjunto conforman un sistema más o menos coherente, propio de un colectivo humano concreto en una determinada época histórica... La moral es... un determinado modelo ideal de buena conducta socialmente establecida”.¹ La ética es la reflexión racional sobre lo que se entiende por conducta buena y sobre cuales son los fundamentos en los que se basan los juicios morales. La reflexión ética comienza cuando nos preguntamos por qué es ese modelo moral y no otro el que ha sido aceptado socialmente, y cuáles son los principios que justifican y legitiman ese modelo.

Desde los criterios que le ofrece el código moral predominante, el individuo toma decisiones prácticas. Determina lo que debe hacer o no, lo que es legítimo o no; acepta o rechaza las actuaciones e ideas de otros individuos, etc. La moral le ofrece a cada ser humano un conjunto de respuestas y soluciones ya dadas de antemano, que este tan sólo tiene que incorporar y reproducir en su conducta cotidiana. Pero para la ética, de lo que se trata es de formar el hábito de saber decidir moralmente. Es un saber para el que la vida cotidiana no prepara al individuo, y es un hábito difícil de crear, precisamente porque ninguno de los distintos órdenes o sistemas sociales existentes desde hace diez milenios lo ha asumido como necesario, sino todo lo contrario. La moral implica aceptación acrítica por parte del individuo. La ética supone preocupación, reflexión, inquietud y duda. En suma: actividad racional. Pero una que se apoya en el cuestionamiento. ¿Sabemos por qué hemos asumido ciertos valores morales? ¿Los

¹ Adela Cortina y Emilio Martínez: *Ética*. Ediciones Akal, Madrid, 1996, p. 14.

hemos incorporado porque hemos reflexionado sobre ellos, o simplemente porque son los que nos ha enseñado la sociedad en la que vivimos, los que nos ha inculcado la vida? El hábito de saber decidir moralmente puede provocar malestar en las personas, acostumbradas a aceptar sin reflexión previa los valores que su entorno le inculca. Lo confronta con una pregunta que generalmente provoca desasosiego: ¿por qué? ¿Por qué el comportamiento justo, bueno, adecuado, es ese y no otro? La ética nos convoca a preocuparnos por descubrir los fundamentos objetivos (es decir, independientes de la voluntad de los individuos) de nuestros valores morales. Es por ello que Slavoj Žižek ha afirmado que “*el terrorismo*” es algo “*característico de toda postura ética verdadera*”,² apuntando al carácter desacralizador y subversivo propio de la preocupación ética.

2.- Ética y filosofía.

En su aparición, la ética es posterior a la moral. En las etapas iniciales de la historia de la Humanidad, y apoyándose en los conocimientos que desarrollaban sobre el mundo que los rodeaba, los seres humanos construyeron una concepción del mundo, un conjunto de principios y valores para estructurar su relación con esa realidad. En la concepción del mundo está presente, en indisoluble relación, lo cognoscitivo y lo valorativo. Conocer algo es poder captar sus características, y también (y como resultado) poderlo valorar como útil, provechoso, dañino, legítimo, adecuado, bueno, etc. Ya en la más primitiva concepción del mundo existen, por lo tanto, normas morales que rigen la interacción de los miembros de la sociedad.

La ética surgió tarde, allí cuando los seres humanos se cuestionaron la existencia de las normas morales existentes. Albrecht Wellmer ha apuntado que “*en un momento crítico de la ética sobre los hechos, que la concordancia de las acciones con las normas tácitamente vigentes de una sociedad ya no se reconoce como instancia última en la justificación de esas acciones*”.³ En un momento determinado del desarrollo de las relaciones sociales, se conjugaron una serie de factores que llevaron a un grupo de individuos a preguntarse por la fundamentación racional de las normas morales existentes. A la pregunta “¿por qué esto es lo bueno y lo justo?”, ya no aceptaron una respuesta basada en la tradición o en mandatos divinos, en principios trascendentes al ser humano y a su mundo, sino que exigieron una explicación basada en razones, en principios demostrables argumentativamente.

El surgimiento de la ética fue posible sólo cuando apareció un nuevo tipo de pensamiento, diferente al que había existido hasta ese momento. Y del interés – o por mejor decir, de la necesidad – de cuestionar el orden social existente y sus principios de legitimación. La aparición de la preocupación ética significó un cambio revolucionario en el modo de pensar, vinculado al interés, ahora existente, de un grupo social por transformar el sistema de relaciones sociales. ¿Quiénes estaban interesados en todo esto? ¿Por qué? ¿Cuáles fueron los factores que hicieron posibles y necesarias estas transformaciones en la vida espiritual del ser humano?

La moral está ya implícita en las primeras formas de concepción del mundo, que son aquellas que se apoyaron en el mito. Pero la ética surge cuando nace un pensamiento de nuevo tipo, apoyado en el razonamiento. Hasta ese momento, el ser

² Slavoj Žižek, *¿Quién dijo totalitarismo?*, Pre-textos, Valencia, 2002, p. 110.

³ Albrecht Wellmer. *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*. Ediciones Cátedra, Madrid, 196, p. 15.

humano pensaba el mundo (y se pensaba a sí mismo, como parte de ese mundo) apoyándose en el mito. En una etapa posterior de su desarrollo, el hombre ya no se limitó a pensar el mundo, sino que comenzó a pensar sobre el pensamiento. Esto significó una reflexión mucho más compleja. Implicó la aparición de una concepción del mundo que ya no podía basarse en el mito, y que necesariamente tenía que apoyarse en la razón, en la búsqueda de lo racional, en el descubrimiento de la lógica inmanente a los procesos de la realidad. Este proceso de ascenso de un tipo de pensamiento a otro superior se conoce como tránsito del mito al logos. Su resultado fue el nacimiento de una nueva forma de apropiación espiritual de la realidad, a la que sus creadores (los griegos antiguos) llamaron “filosofía”. Desde sus inicios mismos, la ética fue parte sustancial de la filosofía. La filosofía fue ética.

La palabra mito procede del griego *mythos*: expresión, mensaje, algo que se narra. Es el reflejo generalizado de la realidad en la forma de representaciones sensoriales, en la forma fantástica de seres animados. Los mitos son narraciones de hechos extraordinarios, generalmente referentes a los orígenes, lo que en la mentalidad primitiva significaba la explicación y justificación del orden social existente. En los mitos se recrean, mediante fábulas o ficciones alegóricas, los hechos primordiales que, supuestamente, proporcionan explicación y fundamento a las normas sociales, creencias, costumbres, existentes en un grupo humano. Por lo común van asociados a la actividad de seres sobrenaturales o de poderes excepcionales, y permiten la justificación de los valores, instituciones y creencias existentes ya en la sociedad. Los mitos le proporcionan un sentido tanto a los fenómenos de la naturaleza como los de la sociedad. En muchos ejemplos de comportamiento y creencias. En cuanto que en la explicación de los fenómenos sociales, las instituciones de los diversos tipos de individuos, desde el parentesco, a las relaciones familiares, sociales y políticas del orden social. Puede afirmarse que los mitos reproducen de forma ideológica las bases de la misma sociedad que los engendra.

El concepto de logos procede de la palabra griega *legein*, que originariamente significaba hablar, decir, narrar, dar sentido, recoger o reunir. Se traduce habitualmente como razón, aunque también significa discurso, verbo, palabra. En cierta forma, pues, significa razón discursiva que muestra su sentido a través de la palabra. El paso del mito al logos se produjo cuando empezó a cobrar forma en las mentes de los hombres la convicción de que tras el caos aparente de los acontecimientos tenía que ocultarse un orden subyacente, y que este orden era el producto de fuerzas impersonales e inmanentes a ese propio mundo.

La conciencia mítica tiene un carácter conservador: justificaba lo existente, y lo presentaba como algo invariable, ajeno al ser humano, impuesto a este desde una instancia superior y extramundana, y por lo tanto incapaz de ser transformada por los hombres. La nueva forma de conciencia a la que llamamos filosofía tuvo desde su origen un carácter radicalmente diferente, revolucionario. Fue el instrumento para canalizar el interés de ciertos grupos sociales de nueva aparición, de transformar el orden social, las relaciones de poder. Para ello las normas reguladoras del comportamiento práctico de los individuos, las normas morales, debían ser fundadas, ancladas, legitimadas, en criterios objetivos. El nuevo orden social que se pretendía imponer debía ser presentado como expresión de un orden inherente al mundo mismo. La reflexión lógica, racional, sobre el mundo, conducente a descubrir sus principios inmanentes de funcionamiento y ordenamiento, tenía como propósito último justificar

los nuevos valores morales. La filosofía aunó la nueva reflexión sobre el mundo y la nueva reflexión sobre el ser humano y la sociedad. La cosmología y la ética fueron dos caras de una misma moneda.

3.- La ética y el pensamiento.

Una serie de conferencias sobre la ética, por lo tanto, implica una referencia constante a la filosofía. Y algunos podrán asustarse ante esta afirmación, pensando que aquí trataremos temas tan herméticos que escaparán a su comprensión. Es cierto que la filosofía significa un tipo específico de pensamiento, pero no es menos cierto que se ocupa de algo que todos realizamos todos los días, aunque de forma inconsciente y muchas veces poco elaborada: el pensamiento. La filosofía es un pensar sobre el pensar, y todos pensamos. Lo característico del ser humano es que está munido de la capacidad de pensar. La filosofía nos propone que pensemos sobre cómo pensamos, con el objetivo de poder pensar mejor.

El destacado teórico y comunista italiano Antonio Gramsci escribió lo siguiente: *“Es preciso destruir el muy difundido prejuicio de que la filosofía es algo sumamente difícil por ser la actividad intelectual propia de una determinada categoría de científicos especialistas o de filósofos profesionales y sistemáticos. Es preciso, por tanto, demostrar, antes que nada, que todos los hombres son <filósofos>, y definir los límites y los caracteres de esta <filosofía espontánea>, propia de <todo el mundo>, esto es, de la filosofía que se halla contenida: 1) en el lenguaje mismo, que es un conjunto de nociones y conceptos determinados, y no simplemente de palabras vaciadas de contenido; 2) en el sentido común, y en el buen sentido; 3) en la religión popular y, por consiguiente, en todo esto, una de las ciencias superlativas, científicas, que se debe saber que se manifiesta en lo que se llama generalmente <filosofía popular>”*

Debemos leer con detenimiento este pasaje. Gramsci no está afirmando que todos los hombres sean filósofos, en el pleno sentido del término (obsérvese el uso de las comillas). Pero si destaca la relación que existe entre la filosofía (como forma específica de apropiación espiritual de la realidad) y el pensamiento cotidiano de los seres humanos, los elementos comunes entre el filosofar y el pensar, en tanto ambas son formas de actividad intelectual. La diferencia entre el pensar cotidiano y el pensar filosófico está en el nivel de complejidad que alcanzan las operaciones mentales que todo individuo realiza constantemente y en forma inconsciente. El pensar cotidiano es también una actividad intelectual, con un cierto grado de complejidad, que todos realizamos repetidas veces cada día, aunque en forma espontánea y sin reflexionar sobre ello.

Pensar implica la realización de una serie de complicadas operaciones mentales, de las que sin embargo no somos conscientes, y ejecutamos casi mecánicamente. Los seres humanos crean palabras para nombrar las cosas con las que interactúan y para designar sus actividades, y poder así transmitir sus experiencias a otras personas. Las palabras son conceptos. Y los conceptos son el resultado de un proceso de generalización. Los individuos acumulan la experiencia de su confrontación cotidiana con una multiplicidad de fenómenos singulares, todos diferentes entre ellos, y haciendo uso de su capacidad racional realizan un proceso de abstracción, mediante el cual

⁴ *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Edición Revolucionaria. La Habana, 1966, p. 12.

descartan lo secundario y destacan lo común esencial a un conjunto de objetos, y lo plasman en una palabra, en un concepto. Así surgen conceptos simples, como pueden ser el de perro, o mango, o algarrobo. No hay dos perros idénticos, ni tampoco dos algarrobos. Pero el ser humano ha logrado discriminar y desechar las características individuales para destacar lo esencial común, y poder así, como resultado de la realización de un proceso de generalización, crear un concepto.

Cada concepto funciona como un modelo ideal. Cada vez que interactuamos con un objeto singular lo comparamos inmediatamente con el conjunto de modelos que tenemos en nuestra mente para poderlo definir, para respondernos la pregunta “¿qué es eso?”. Pensar es una labor de modelación, y de constante confrontación de las cosas que enfrentamos con los modelos que tenemos en nuestro pensamiento. Cuando designamos algo con una palabra, lo nombramos, lo definimos, es porque hemos encontrado su concordancia no plena, pero si esencial, con un modelo ideal, con un concepto. Ese animal que se me encara, o esa planta que observo, tienen características específicas que los diferencian de todos los demás. Pero lo que destaco es su concordancia con un modelo ideal, la existencia en él de un conjunto de rasgos esenciales que me lo identifican con algo, para poder así alcanzar una definición: es un perro, o es un algarrobo.

Generalización de lo esencial, discriminación de lo secundario, modelación, conceptualización, son elementos de todo acto de pensamiento. Gracias a eso el ser humano adquiere un conocimiento sobre los fenómenos de la realidad. Y todo conocimiento es a la vez valoración. Cuando nombro algo, cuando establezco su definición de pertenencia esencial con un modelo ideal y lo conceptualizo, no obtengo simplemente conocimiento de lo que es el objeto en sí, que también, y como resultado de la operación, establezco normas sobre cómo debe ser, que es lo que puedo esperar del objeto, cómo debe comportarse, pero también como debo comportarme con respecto a él, qué significado puede tener para mí y para los míos. Si como resultado de una operación simple de pensamiento digo “eso es un mango”, ese resultado cognoscitivo implica a su vez un acto valorativo: si es un mango es algo comestible, no es algo dañino, etc. Cuando afirmo que “Carmen es una mujer”, no estoy simplemente afirmando su pertenencia a un género y sus características intrínsecas (sus características fisiológicas, por ejemplo), sino que también estoy estableciendo lo que es legítimo esperar de ella, y lo que no lo es: en tanto mujer, Carmen debería ser dulce, femenina, maternal, débil, dispuesta a perdonar, etc., pero no debería ser ruda, ni enérgica, ni cruel, etc. Todo acto cognoscitivo es a la vez, y necesariamente, un acto valorativo. Pensar es conocer, y también es valorar. La creación de un concepto implica un acto de conjugación del ser con el deber ser.

Pero el conocimiento no es sólo valoración: es también normatividad. Al nombrar el objeto, al conceptualizarlo, al definir lo que ese objeto es, no sólo destaco la significación que tiene para mí, sino también establezco normas: la norma del comportamiento de ese objeto, y la norma de mi comportamiento hacia él. Lo que debo y puedo esperar del objeto, y lo que se debe y se puede esperar de mi comportamiento hacia él. Al conocer y valorar establezco lo que es normal, legítimo, previsible. Cuando defino a Carmen como una mujer, el concepto de mujer no sólo marca las determinaciones esenciales del objeto Carmen, sino que también delinea como debe ser Carmen de acuerdo a una norma o código que está contenido ya en el propio concepto “mujer”, cómo debe comportarse Carmen, cómo debo comportarme yo con respecto a

ella. Lo que es lícito esperar de ella, como debe ser ella “normalmente”, y lo que es ilícito en su comportamiento, y por lo tanto objeto de rechazo y condena, por ser un comportamiento fuera de la norma, “anormal”.

En los inicios de la civilización, los seres humanos crearon conceptos simples, que tenían un referente material directo. Los pueblos primitivos tenían palabras para designar todas las especies vegetales con las que interactuaban, pero no tenían conceptos como el de “árbol” o “planta”; tenían conceptos para nombrar las distintas actividades laborales que realizaban, pero no habían creado el concepto de “trabajo”. El ascenso en la capacidad de abstracción, en la capacidad cognoscitiva, condujo, en una etapa superior, a la formación de conceptos que no tienen un referente material, directo, sensorialmente perceptible. Un momento fundamental en el desarrollo de las matemáticas lo constituyó la creación del concepto de “cero”. Hasta ese momento había sido relativamente fácil crear los números, los conceptos de “uno”, “dos”, “tres”, etc. Era algo que podía representarse gráficamente, colocando una ramita, o dos piedritas, o escribiendo una raya o dos rayas. Pero el cero es un número que es resultado de un alto grado de abstracción. El cero no designa nada. No tiene un referente material sensorialmente perceptible. A diferencia de otros símbolos numéricos, el cero es un símbolo creado no para representar algo existente, sino para representar la existencia de nada. Sin embargo, no podemos pensar con profundidad la realidad material que nos rodea sin el concepto de cero. La invención del cero marcó el ascenso de la aritmética a la matemática. Los conceptos de la aritmética tienen un carácter empírico (uno, dos, la mitad, etc.) pero los de la matemática implican un grado muchísimo más alto de abstracción mental (cero, números negativos, números racionales, números irracionales, números complejos, etc.). El desarrollo de la capacidad de pensar significó la civilización y la capacidad de trascender la relación entre lo inmanente y lo trascendente. En un primer acercamiento, podemos afirmar que lo inmanente es aquello que se nos da directamente en nuestra experiencia sensorial; lo trascendente, aquello que está situado más allá de nuestra experiencia sensorial. Los conceptos más simples ya establecen una relación entre lo inmanente y lo trascendente. Nunca interactuamos sensorialmente con “El Perro” ni con “El Algarrobo”, sino con perros y algarrobos singulares. El concepto de perro es el resultado de captar mentalmente un conjunto de rasgos esenciales, el resultado de una labor de síntesis que no se limita a enumerar un conjunto de características sensorialmente perceptibles. Todo perro tiene cuatro patas, un rabo y ladra. Pero podemos encontrar un animal al que se le ha cercenado una pata y el rabo, y que no ladra, y no obstante podemos afirmar con razón que es un perro. Y en la medida que ascendemos en la escala de la abstracción, y el pensamiento se torna cada vez más elaborado y se plasma en conceptos cada vez más profundos, la complejidad de la relación entre lo inmanente y lo trascendente – presente en todo acto de pensamiento – se hace cada vez más clara. “El árbol” no existe empíricamente. Por eso es un concepto que sólo puede aparecer en un escalón superior del pensamiento. Y lo mismo podemos decir de otros conceptos como el de “mamífero”, o el de “tangente”, o el de “vacío”. Ninguno de ellos designa algo sensorialmente perceptible, empíricamente constatable, pero sin ellos no podemos pensar a profundidad el mundo que nos rodea, y por lo tanto tampoco pensar a nosotros mismos.

Todo acto de pensamiento conlleva la realización de un conjunto de operaciones, y cumple un conjunto de funciones. Todo pensamiento implica relacionar lo inmanente

con lo trascendente, el ser con el deber ser, la general con lo singular. Todo pensamiento cumple estas tres funciones: cognoscitiva, valorativa, normativa.

4.- ¿Por qué la filosofía surgió en Grecia?

Pensar al mundo no es sólo pensar a la naturaleza. No debe entenderse “mundo” en un sentido restringidamente fisicalista o naturalista. Para el ser humano el mundo es también el conjunto de los otros seres humanos y de las instituciones y principios ideales a través de los cuales esas relaciones (y las relaciones con la naturaleza) se establecen y se regulan. Explicarse el mundo conlleva explicarse la sociedad, momento indispensable para poder explicarse uno mismo. Encontrarle-proporcionarle un sentido al mundo es también encontrarle-proporcionarle un sentido a mi vida. Da ahí que, desde sus orígenes, en el pensamiento humano hayan aparecido los conceptos de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo sagrado y lo sacrílego, lo legítimo y lo inaceptable, lo normal y lo anormal, lo moral y lo inmoral. Desde que el ser humano existe y piensa, existe la moral.

Todas las civilizaciones han creado su concepción del mundo. El Diccionario Herder de Filosofía nos explica que la concepción del mundo proporciona al ser humano una interpretación global del universo, mediante la cual intenta captar el sentido que éste tiene para el hombre, no meramente desde una perspectiva teórica, sino también vital, con el objetivo tácito o explícito de que le sirva como marco orientativo de su acción práctica. Los elementos constitutivos de esta visión son no sólo ideas, sino también y sobre todo concepciones, juicios de valor,itudes éticas y sentimientos. Las concepciones sociales del mundo determinaron la formación de las cosmogonías. Las cosmogonías son relatos míticos que explican el origen del mundo y su estructura. Las cosmogonías son inicialmente teogonías: la constitución del mundo se explica mediante sucesivas generaciones de divinidades, que establecen una jerarquía y un orden que representa la distinción de los diversos niveles fundamentales del mundo (celestes, terrestre y subterráneo) y el equilibrio y relación que existe entre los distintos componentes del mundo.

En un lugar y momento específico, apareció un modo diferente de pensar y explicarse al mundo. Ya no se basó en el pensamiento mítico, sino en el razonamiento lógico. El nuevo conocimiento, más profundo y complejo, iba acompañado de una nueva actitud valorativa y normativa. Del mito se pasó al logos. Y del pensamiento moral se pasó al pensamiento ético. El surgimiento de la ética fue resultado de al aparición de un nuevo tipo de pensamiento, de un modo nuevo y superior de actividad espiritual. Y de algo que no podemos olvidar: del interés, sentido por algunos grupos humanos, de cuestionar el orden existente y sus normas de legitimación, y de crear un orden nuevo. La filosofía nació de la necesidad – más aún, de la urgencia – sentida por un grupo humano, por primera vez, de cuestionar y superar el orden existente y sus principios de justificación, y de crear un orden social nuevo. Del interés de deslegitimar el orden existente y de justificar su cambio y la instauración de otro nuevo. Y para ello era imprescindible fundamentar de un modo diferente las nuevas normas y valores. De estas urgencias nació la filosofía.

Llegados a este punto, tenemos que plantearnos tres preguntas: ¿Qué conjunto de circunstancias hicieron posible este cambio revolucionario en el pensamiento? ¿Por qué ese cambio, más que posible, devino necesario? ¿Quiénes necesitaron ese cambio?

Ese nuevo tipo de pensamiento que abandonaba el mito y el recurso a la trascendencia abstracta para invocar el logos y apoyarse en la inmanencia, surgió en la civilización griega hacia el siglo VII a C. Los griegos le llamaron “filosofía”. Ese tipo de pensamiento no existió en las civilizaciones anteriores euro-asiáticas, ni tampoco en las civilizaciones originales de África o América. El surgimiento de la filosofía en la Grecia antigua no fue un resultado casual, ni producto de alguna supuesta superioridad espiritual del “espíritu griego”. Se debió a la conjunción de un conjunto de procesos y factores que creó las condiciones propicias para que brotara y floreciera una nueva actitud gnoseológica ante la realidad.

Comencemos por destacar el diferente condicionamiento físico-geográfico de la civilización griega con respecto a las civilizaciones asiáticas precedentes. Estas habían surgido y desarrollado en extensas planicies fertilizadas por grandes ríos (Nilo, Yangtse, Indo, Tigris-Eufrates) y separadas por grandes distancias y obstáculos terrestres (desiertos, cadenas montañosas) de otras civilizaciones. Los griegos estaban asentados, originalmente, en una península relativamente pequeña ubicada en la extremidad sudoriental de Europa, ocupando lo que el historiador norteamericano Michael Mann ha catalogado como una “posición de marca) entre Europa y el Cercano Oriente, que creaba condiciones para ubicarse en una posición favorable para insertarse como puente necesario en el intercambio comercial y cultural entre ambas zonas.⁵ Los dos rasgos geográficos más destacables de la Península Egea son la gran extensión de costa que bordea el territorio y la índole montañosa del mismo. Las colinas estériles y las extensas costas rocosas hacían imposible la unificación política de las distintas comunidades allí asentadas. La formación de una metrópoli centralizada que pareciera y significara el poder y el alma de la región cultural (a diferencia de los grandes imperios este-asiáticos) en las civilizaciones fenicias de Asia y el Cercano Oriente. El carácter territorial de la Grecia originaron un hábitat disperso y heterogéneo. Hegel comprendió en qué medida las diferencias geográfico-materiales con Oriente constituyeron un factor que condicionó las producciones culturales griegas, al escribir que se trató de un país “(...) *diseminado en el mar y, allí donde puede llamarse tierra firme, dividido en muchas pequeñas porciones. Las islas forman el archipiélago; la tierra firme es una península con estrechas lenguas de tierra, salpicadas de ensenadas y separadas por el mar. Todo está en fácil relación y enlace por el mar; en cambio por el interior las cadenas de montañas impiden la comunicación. Reina aquí una gran variedad de terrenos montuosos, estrechas llanuras, valles y ríos mayores y menores, (...) En Grecia todo es distinto y minúsculo comparado con lo asiático. No se forman grandes masas, pero los pequeños departamentos forman masas que están en mutua relación. Todo se halla, en suma, en fáciles nexos y contactos, singularmente por medio del mar. No hallamos aquí aquel poder físico de Oriente, aquel horizonte de siempre igual aspecto, dentro del cual vive un pueblo uniforme, que no siente estímulos hacia cambio alguno. Aquí hallamos una división y multiplicidad que corresponde perfectamente a la variada índole de los pueblos griegos y a la movilidad del espíritu griego*”.

La civilización griega, a diferencia de sus predecesoras, fue marinera. El mar exige audacia y espíritu de aventura, libera la conciencia merced al contacto con costumbres nuevas y favorece y el espíritu de empresa y el pensamiento especulativo, que está ligado a la práctica del comercio y al cálculo de los riesgos. Pero el mar no fue

⁵ Michael Mann. *Las fuentes del poder social*. Alianza Universidad, Madrid, 1991, Tomo 1, p. 285.

solamente para los griegos, como lo fue para los fenicios, un vehículo de contactos comerciales o guerreros con los extranjeros, sino además un medio en que se desarrolló su propia comunidad nacional. La Grecia que desempeñó un papel en la evolución de la civilización y de la filosofía no fue la Grecia continental de Esparta o de Tebas, sino la que desde Jonia a Sicilia se diseminó en una multitud de islas y de llanuras costeras en las que las acrópolis dominaban puertos establecidos a ras del agua. La nación griega no tuvo un continente como ámbito de vida, sino un mar. Los intercambios comerciales posibilitaron el conocimiento de multitud de costumbres, mitos, hábitos, formas de vida de otros pueblos, lo cual fue decisivo en la configuración de una sociedad y una cultura abiertas (en cierto sentido cosmopolitas), en las que el conocimiento de la diversidad de opiniones sobre las mismas cuestiones actuaría de fermento de la duda y de la pregunta.

La conexión de la filosofía con los viajes aparece tan tempranamente que ya en los primeros textos históricos en que se menciona, esta actividad intelectual aparece ya ligada con la actitud viajera. Existen numerosas referencias de que una buena parte de los filósofos griegos hicieron viajes en torno a la Hélade y a Oriente. Pero sobre todo los primeros grandes filósofos viajeros, **Tales**, **Anaximandro**, **Anaximenes**, **Pitágoras**, se debieron de encontrar, con cierta sorpresa, con que los mitos asumidos por las distintas civilizaciones del medio oriente eran claramente incompatibles entre sí y se contradecían escandalosamente, por lo que no todos ellos podían admitirse como verdaderos. Si los mitos griegos, egipcios, babilónicos, hebreos, etc. se contradecían como explicaciones del mundo, ¿por qué motivo los griegos habrían de ser verdaderos y los demás falsos? Puestos a cuestionarlos todos no se encuentra absolutamente ningún mito que parezca cumplir con los requisitos de ser verdaderos o, por lo menos, más plausibles que los otros. Incluso los griegos, que se consideraban más sabios que los demás, no fueron una excepción. Otro elemento importante fue la profunda transformación de las relaciones sociales provocada por la abrupta llegada de la civilización del hierro. Los primeros pobladores de la península griega fueron los aqueos. Las tribus aqueas se encontraban en un nivel de desarrollo social similar al de las civilizaciones despóticas asiáticas contemporáneas. La utilización de herramientas de bronce no permitía una gran productividad del campesino individual, por lo que era la comunidad campesina la célula productiva básica. Ello iba acompañado de un escaso desarrollo del comercio y la artesanía. La contradicción fundamental de esa sociedad era la misma que en las civilizaciones de Asia y el Cercano Oriente: la existente entre las comunidades campesinas y la aristocracia despótica estatal.

Alrededor de 1450 a C la invasión de pueblos provenientes del Norte, conocidos en la historia como los dorios, provocó la desaparición de la civilización aquea. Las tribus dorias conocían y practicaban la metalurgia del hierro. Sus armas de combate eran superiores a las de bronce de los aqueos. Pero además, las herramientas agrícolas de hierro permitían una mayor productividad del trabajo, y la posibilidad de la existencia del campesino propietario individual y libre, liberado de la necesidad de agruparse en comunas para poder subsistir. Las tribus invasoras dorias se encontraban en la etapa conocida como “democracia militar”. La división de las tierras conquistadas entre los guerreros, que se convirtieron en campesinos que podían apropiarse independientemente de lo que producían, destruyó la vieja estructura comunal, y permitió la aparición del productor independiente. Así surgió y se desarrolló en la cuenca del Egeo (Grecia, las islas egeas y la costa occidental del Asia Menor) la más progresiva formación económico-social de la Antigüedad, que a lo largo de casi un milenio se expandió por el

Mediterráneo.⁶ La propiedad privada sobre las premisas materiales de la producción (tierra, instrumentos de trabajo) por parte de miembros libres de la comunidad, constituyó un salto revolucionario y un nuevo momento cualitativo en las relaciones de producción en el mundo antiguo.

La utilización del hierro provocó también una profunda transformación en la esfera militar, lo que se denominó como “revolución hoplita”.⁷ En las sociedades situadas en la Edad del Bronce, sólo los grandes propietarios aristócratas podían hacer frente al gasto inmenso que significaba armar a una masa de soldados. No existía el campesino económicamente independiente, y ningún miembro individual de las comunidades campesinas podía construir o comprar su armamento. Con la llegada de la metalurgia del hierro todo esto cambió. La baratura del hierro significaba que un hacha y un arado se hallaban económicamente al alcance de los agricultores, como también una espada. El pequeño agricultor se convirtió en una fuerza tanto económica como militar. Como consecuencia, el equilibrio de poder se modificó en la nueva formación social que surgía en la Grecia antigua.⁸ El viejo modelo de ejército, dependiente de un grupo de aristócratas, dio paso a un ejército de infantería formado por productores independientes, que eran también soldados independientes: los campesinos de mediana riqueza podían pagarse su armamento, que era ahora propiedad individual. El ejército se democratizó. Puede afirmarse que el hoplita fue la expresión más evidente de la evolución socio-política de la civilización griega.⁹ La clase de los *hopla parechomenoi* (aquellos con caudal económico suficiente capaces de servir como hoplitas o soldados de caballería) llegó a alcanzar entre la quinta y la tercera parte de todos los ciudadanos de la mayoría de las ciudades-estado griegas.¹⁰ El modelo militar hoplita se basó en la ciudad griega desde mediados del Siglo VII a.C. y “se convirtió en una de las características dominantes de la organización socio-política de las mismas”. El arma más característica del hoplita era el escudo (*hóplon*). “La originalidad del *hóplon* radicaba en que, a diferencia de los escudos tradicionales, no se colgaba del cuello con una correa, sino que se llevaba en el antebrazo izquierdo, agarrado por una abrazadera central de bronce y una correa que servía de asa”.¹¹ Ello tenía una consecuencia importante: la protección del flanco derecho del hoplita, “que quedaba sin arropar por el escudo, descansaba en el compañero de fila, dentro de las apretadas hileras de la falange. Esto dificultaba no sólo la movilidad sino también la visibilidad de los hoplitas, pero favorecía el mantenimiento de la solidaridad en las filas de la falange, al depender la protección de los soldados, en buena medida, de sus compañeros de hilera. El manejo adecuado del *hóplon* y los movimientos del orden falangista se ensayaban en ejercicios colectivos”.¹² La significación del ejército hoplita

⁶ Klaus-Dieter Eichler; Helmut Seidel. “Philosophie im antiken Griechenland”, en: Ralf Moritz, Hiltrud Rüstau y Gerd-Rüdiger Hoffmann. *Wie und Warum entstand Philosophie im verschiedenen Regionen der Erde*. Dietz, Berlín, 1988, p. 127.

⁷ El término hoplita significa en griego “soldado muy armado”.

⁸ Ver: M. Mann, ob cit., p. 270.

⁹ Ver los artículos “hoplita” y “falange”, escritos por Victoria Horrillo en la Enciclopedia Universal Multimedia Micrones.

¹⁰ G. E. M. de Ste. Croix. *The Class Struggle in the Ancient Greek World*. Duckworth, Londres, 1983, p. 283.

¹¹ Victoria Horrillo, ob cit.

¹² Idem.

¹³ Idem.